



(amor de madre.)

TEATRO DE FREY LOPE DE VEGA CARPIO.

La fecundidad asombrosa del *Pensar de los ingenios* Frey Lope Félix de Vega Carpio produjo tan considerable número de obras, que no sólo perjudicó á su misma corrección, sino que no pudieron ser todas conocidas del público por medio de la imprenta. — Solamente las no dramáticas sagradas y profanas, impresas en su vida y reimprimas por Sancha á fines del siglo pasado, forman veinte y un volúmenes en cuarto, y faltan en ella varias publicadas por separado. — Las comedias de aquel prodigio de la naturaleza, que su discípulo y panegirista Montalvan hace subir á la enorme cantidad de mil ochocientas y cuatrocientos autos sacramentales, se perdieron las más en las cárteras de los comediantes, sin alcanzar por su misma multitud los honores de la imprenta, y sin que su mismo autor supiese darse razón de ellas. Muchas, sin embargo, fueron impresas sueltas en Madrid, Valencia, Barcelona y otras ciudades, y han llegado reimprimas hasta nosotros; y varias en la famosa colección titulada *Comedias raras escogidas de los mejores ingenios de España*, que se empezó á publicar en Madrid por Domingo García Morriás en 1652, y comprende cuarenta y ocho tomos en cuarto, de los cuales el último se imprimó en Madrid en 1704. — Esta colección es rarísima, y no existe completa en ninguna de nuestras Bibliotecas públicas, ni creemos tampoco que en las particulares: Brunet cita un ejemplar que poseyó Richard Heber, y aunque falta de los tomos IV, XIII, XVII, y el X incompleto, le había costado más de 100 guineas (unos 9,600 reales.)

En esta misma colección de varios, y en otras que se empezaron á publicar en el mismo siglo XVII, tuvieron, como no podía menos, importante lugar las comedias del gran Lope; los libreros de toda España, y aun los de Amberes, Bruselas, Nápoles y Lisboa publicaron fuertemente otras muchas sueltas, atribuyéronle algunas y despojaronle de varias, por todo lo cual, y sin duda desposó de vindicar su fama y consignar sus obras verdaderas, emprendió el mismo Lope la pu-

blicación de sus obras dramáticas en tomos. De los cuales el primero se publicó en Valladolid en 1609, y el XXV y último en Zaragoza en 1647. Hay además otra parte 23 y otras dos 24, impresas también en Zaragoza en 1635 y 1651; también se le atribuyen, aunque por extravagantes, la 26, de Zaragoza, en 1645; la 27, Barcelona, 1655; y la 28, Zaragoza, 1659; aunque generalmente son tenidas por apócrifas ó pegadizas; por lo regular no se cuentan mas que los XXV, cuyo portunor de las comedias que contienen, los años de su impresión y demás, puede verse en la *Biblioteca hispana* narr de Nicolás Antonio, tomo II, pág. 76 y siguientes. Por último se añade á ellos el tomo titulado *Fuero del Parnaso*, que comprende ocho comedias, impreso en Madrid en 1627.

Pero como se vé, la vida de Lope y la actividad de las prensas no bastaron á publicar en el trascurso de treinta y ocho años mas que una parte muy corta relativamente á la totalidad de sus obras dramáticas; pues constando de veinte y cinco tomos la colección, cada uno con doce comedias, dan por resultado unas trecientas, de las mil ochocientas que le atribuye Montalvan, ó por lo menos de las mil setenta que el mismo Lope calcula en el prefacio de uno de sus tomos.

Esta preciosísima colección, por no haberse reimpresso desde mediados del siglo XVII, ha llegado á ser tan escasa que no conocemos ningun ejemplar completo. — El de la Biblioteca nacional estaba hace algunos años falta de los tomos V, IX, XVI y XVII, y hoy faltarán muchos más; en la Biblioteca imperial de Viena falta el tomo II; en la de París varios, y en las particulares igualmente, aunque pudiera completarse uno para reimprimirlo, en lo cual los ilustrados editores de la *Biblioteca de autores españoles* harían un señalado servicio á las letras. — El celebre bibliófilo Richard Heber había llegado á reunir un ejemplar de los XXV y varios tomos dobles á costa de mas de 20,000 rs de desembolso, y dudamos que aun á este precio pudieran hoy adquirirse otro.

Queda dicho ya que además de estos tomos preparados por él mismo, se publicaron en vida y en muerte de Lope multitud de sus comedias sueltas y en colecciones de varios, se le atribuyeron otras de diversos autores, y á estas las suyas; incorrectas, mutiladas, y nó

reconocidas algunas por auténticas: hay sin embargo la certidumbre de serlo la mayor parte, aunque de muchas no ha llegado hasta nosotros más que el título, y aun este muchas veces trocado y contrahecho; otras corren manuscritas, algunas duplicadas con diversos títulos, y otras, en fin, en que Lope solo escribió una ó dos jornadas.— Se ve por lo tanto que el trabajo bibliográfico de depurar en lo posible aquel caos, de señalar guía en aquel laberinto, está aun por hacer, ó mas bien que le ha hecho ya imposible el transcurso del tiempo, la incuria de nuestros antepasados, y la carencia de datos, y aun de una parte muy principal de las obras mismas sobre que habia de recaer.

Deseosos, sin embargo, de contribuir en lo posible (atendidas nuestras débiles fuerzas) á buscar ó preparar materiales para aquel importante trabajo, reservado á mayores y mas ilustradas diligencias, emprendimos hace tiempo la investigación de todas las comedias, ó por lo menos de sus títulos, que pudiéramos haber del gran Lope; adquirimos muchas; leímos mas, y tomamos las noticias que pudimos de varios amigos y distinguidos eruditos. Y teniendo presentes los catálogos generales mas completos de nuestro teatro antiguo, los de las librerías ó comercios de libros, y las colecciones particulares, nos atrevimos á formar para nuestro uso privado y sin pretension alguna la siguiente lista, que comprende hasta unos setecientos títulos de comedias atribuidas á Lope de Vega, sin responder sin embargo de la autenticidad de todas ellas, y aun sin dudar que varias están duplicadas con diversos títulos.

Los mas considerables de aquellos catálogos generales del teatro español que tuvimos á la vista son los siguientes:—1.º El publicado en 1755 por los herederos de D. Francisco Medel del Castillo, mercader de libros y comerciante de comedias, en un tomo en 4.º titulado *Indice general alfabético de todos los títulos de comedias escritas por varios autores antiguos y modernos, y de los autos sacramentales y alegóricos, etc.*—2.º El *Catálogo alfabético de las comedias, tragedias, autos, zarzuelas, entremeses y otras obras correspondientes al teatro español.* Un tomo en 8.º impreso en 1783, y publicado por D. Vicente García de la Huerta.—3.º El *Indice* formado por D. Juan Isidro Fajardo en 1716, que se conserva MS. en la Biblioteca nacional (y cuya copia poseemos) con el epigrafe *Títulos de todas las comedias que en verso español y portugués se han impreso hasta el año de 1716; están recogidas por una curiosidad diligente que ha procurado reconocer todos los libros y bibliotecas donde se ha podido hallar la noticia, y si faltasen algunas comedias será por no haberlas hallado en ellos.*—De todos estos catálogos copiosos, aunque incorrectos, y de los ya dichos parciales y contemporáneos, procuramos extraer y formar alfabéticamente el de las comedias atribuidas á Lope; y este trabajo, aunque imperfectísimo y no destinado al público, es el que ahora nos determinamos á ofrecerle, siquiera no sea mas que para promover otro mas completo de plumas mas ilustradas y eruditas, y contribuir en lo posible á despertar la curiosidad de los literatos hacia esta noble investigación.

R. DE M. R.

COMEDIAS IMPRESAS ATRIBUIDAS Á FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO. (4)

- Abderite (la).
- Abindarraez y Narvaez.
- * Acero (el) de Madrid.—T. XI.
- Acertar errando.
- Achaqué quieren las cosas.
- * Adonis y Venus.—T. XVI.
- Adversa fortuna de D. Fernando de Portugal.
- Adversa fortuna de D. Bernardo de Cabrera.
- * Adversa fortuna del Caballero del Espíritu Santo.—T. III.
- * Adversa fortuna de Ruy Lope Dávalos.—T. III.
- Adúltera (la) perdonada.
- Africano (el) Cruel.
- * Al pasar el arroyo.—T. XII.
- Aloaide (el) de Madrid.
- * Alcalde (el) Mayor.—T. XIII.
- Alcalde (el) de Zalamea.
- Alcazar (el) de Conanagra.
- Alfonso el Afortunado.
- Allá darás rayo.
- * Almenas (las) de Toro.—T. XIV.
- * Amante (el) agradecido.—T. X.
- * Amantes (los) sin amor.—T. XIV.
- * Amar sin saber á quién.—T. XXII.
- Amar como se ha de amar.
- Amar por burla.

- * Amar, servir y esperar.—T. XXII.
- Amatilde (la).
- Amazonas (las).
- * Amete (el) de Toledo.—T. IX.
- * Amistad y obligacion.—T. XXII.
- * Amistad (la) pagada.—T. I.
- * Amigo (el) hasta la muerte.—T. XI.
- * Amigo (el) por fuerza.—T. IV.
- Amigos (los) enojados.
- Amor (el) soldado.
- Amor (el) hándlero.
- Amor (el) constante.
- * Amor (el) enamorado.—*Vega del Parnaso*.
- Amor (el) desatinado.
- * Amor, pleito y desafío.—T. XXII.
- * Amor secreto hasta celos.—T. XIX.
- Amor (el) con vista.
- Amores (los) de Narciso.
- * Angel (el) fingido y renegado de amor.—T. VIII.
- Angélica en el Calay.
- * Animal (el) de Ungría.—T. IX.
- Animal (el) Profeta, S. Juan.
- Antecristo (el).
- Antonio Roca.
- * Anzuelo (el) de Fenisa.—T. VIII.
- * Arauco domado.—T. XX.
- * Arrenal (el) de Sevilla.—T. XI.
- * Arcadia (la).—T. XIII.
- Argelan, rey de Alcalá.
- Arminda celosa.
- * Asalto (el) de Matrique.—T. IV.
- Atlántida (la).
- Aranillo (el).
- * Aventuras (las) de D. Juan de Alarcon.—T. XXV.
- Aventuras del hombre.
- Ave Maria (el) y Rosario de Nuestra Señora.
- * Ausente (el) en el lugar.—T. IX.
- * Ay verdades que enamoran.—T. XXI.
- * Bandos (los) de Sena.—T. XXI.
- Barbano (el) Gallardo.
- Barbara (la) del cielo.
- Balaban y Josefát.
- Bargas (los) de Castilla.
- Basilea (la).
- * Bastardo (el) de Ceuta.—T. V.
- Bastardo (el) de Mudarra.
- Balalla (la) de dos.
- * Batalla (la) del honor.—T. VI.
- Batalla (la) naval.
- * Batuecas (las) del duque de Alba.—T. XXIII.
- Belardo furioso.
- * Bella (la) Malmaridada.—T. II.
- * Bella (la) Aurora.—T. XXI.
- Bella (la) Gitana.
- Beltrán de Aragon.
- * Benavides (los).—T. II.
- Bernardo del Carpio en Francia.
- Biezmas (los).
- * Bizarrías (las) de Belisa.—*Vega del Parnaso*.
- Blason (el) de los Chaves.
- * Boba (la) para los otros, y discreta para si.—T. XXI.
- * Bobo (el) del colegio.—T. XIV.
- * Boda (la) entre dos maridos.—T. IV.
- Bohemia convertida.
- Bosque (el) amoroso.
- Buen (el) vecino.
- Buen (el) agradecimiento.
- * Buena (la) Guardia.—T. XV.
- Burlas (las) veras.
- Burlas (las) de amor.
- * Burgalesa (la) de Lerma.—T. X.
- * Caballero (el) de Illescas.—T. XIV.
- Caballero (el) Mudo.
- * Caballero (el) del Sacramento.—T. XV.
- * Caballero (el) del Milagro.—T. XV.
- Cadena (la).
- * Campana (la) de Aragon.—T. XXVIII.
- Capitán Belisario (el). Ejemplo de mayor desdicha.
- Capuchino (el) enojado, y Condesa preroqueña (la).

(4) Los títulos que van con estrella (*) son de las comedias contenidas en la edición de las XXV tomos de las obras completas de Lope de Vega.

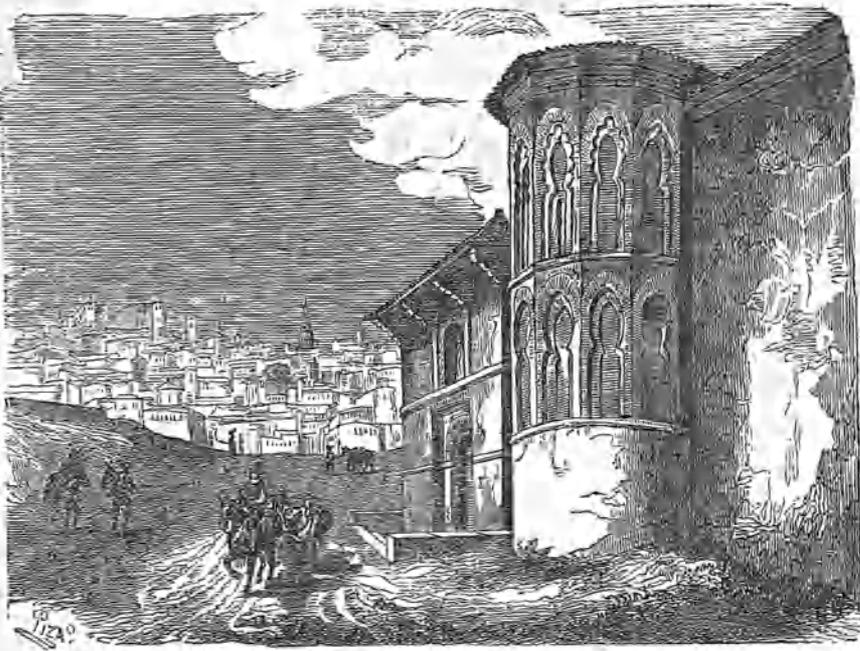
- * Carbonera (la).—T. XXII.
- * Cardenal (el) de Belen.—T. XIX.
- * Cárlos perseguido.—T. I.
- * Cárlos V en Francia.—T. XIX.
- Carcel (la) de amor.
- * Casamiento (el) en la muerte.—T. I.
- * Capellan (el) de la Virgen.—T. XVIII.
- Capitan Juan de Urbina.
- Casamiento (el) por Cristo.
- Casamiento (el) dos veces.
- Casta (la) Penépole.
- * Castelvies y Monsalves.—T. XXV.
- * Castigo (el) sin venganza.—T. XXI.
- * Castigo (el) en el discreto.—T. VII.
- Cautivo (el) coronado.
- * Cautivos (los) de Argel.—T. XXV.
- Cerco (el) de Madrid.
- * Cerco (el) de Sta. Fé —T. I.
- Cerco (el) de Toledo.
- Cerco (el) de Orán.
- Cerco (el) de Viena por Cárlos V.
- * Chaves de Villalva.—T. X.
- Cirze (la) Angélica.
- * Cierzo (lo) por lo dudoso.—T. XX.
- Cirujano (el).
- Ciudad (la) sin Dios.
- Cómo se vengan los nobles.
- Cómo se engañan los ojos.
- Comendador (el) de Osuna.
- * Comendadores (los) de Córdoba.—T. II.
- Competencia (la) engañada.
- Competencia (la) en los nobles.
- Concepcion (la) de Ntra. Señora.
- Conde (el) D. Pedro Velez.
- Conde (el) D. Tomás.
- Conde (el) Dirllos.
- * Conde (el) Fernan Gonzalez.—T. XIX.
- Condesa (la).
- Conquista (la) de Tremecen.
- Conquista (la) de Andalucía.
- Conquista (la) de Tenerife.
- Conquista (la) de Cortés.
- Con su pan se lo comea.
- * Contra valor no hay desdicha.—T. XX.
- * Corona (la) merecida.—T. XIV.
- Cortesano (el) en la aldea.
- * Cortesía (la) de España.—T. XII.
- Creacion (la) del mundo y primer culpa del hombre.
- * Cruz (la) en la sepultura.—T. XXIV.
- * Cuerdo (el) en su casa.—T. VI.
- * Cuerdo (el) loco.—T. XIV.
- * Cuentas (las) del Gran Capitan.—T. XXIII.

- * Dama (la) boba.—T. X.
- Dama (la) desagraviada.
- Dama (la) melindrosa.
- Dama (la) estudiante.
- David perseguido, y montes de Gelboé.
- Dé donde diere.
- * De corsario á corsario.—T. XIX.
- Degollado (el) fingido.
- De la Mazagatos.
- * De cuándo acá nos vino.—T. XXIV.
- De un castigo tres venganzas.
- Defensa (la) en la verdad.
- Del monte sale quien el monte quema.
- * Del mal el menos.—T. IX.
- * Desconfiado (el).—T. XIII.
- Desdichado (el).
- * Desdichada (la) Estefania.—T. XII.
- * Desgracias (las) del rey D. Alonso.—T. V.
- Despenado (el).
- * Despertar á quien duerme.—T. XIII.
- * Desposorio (el) encubierto.—T. XIII.
- * Desprecio (el) agradecido.—*Vega del Parnaso.*
- * Despreciada (la) querida.—T. XXIV.
- Destruccion (la) de Constantinopla.
- Dicha (la) del forastero, y la portuguesa.
- Dichoso (el) parricida.
- * Dineros son calidad.—T. XXIV.

- Difunta (la) pleiteada.
- * Discreta (la) enamorada.—T. XX.
- * Discreta (la) venganza.—T. XX.
- Dios hace justicia á todos.
- * Dios hace reyes.—T. XXIII.
- Di mentira sacarás verdad.
- * Divino (el) africano.—T. XVIII.
- Divina (la) vencedora.
- * Dómine (el) Lucas.—XVII.
- * Donaires (los) de Matico.—T. I.
- * Doncella, viuda y casada.—T. V.
- * Doncella (la) Teodor.—T. IX.
- Doncella (la) de Orleans.
- Doncellas (las) de Simancas.
- Don Gonzalo de Córdoba.
- * Don Juan de Castro, primera y segunda parte.—T. XIX.
- Don Lope de Cardona.
- Don Manuel de Sousa.
- * Doña Inés de Castro.—T. III.
- Dos agravios sin ofensa.
- Dos (las) bandoleras.
- * Dos (las) estrellas trocadas.—T. XI.
- Dos (los) soldádos de Cristo.
- Duque (el) de Alba en Paris.
- Duque (el) de Saboya.
- * Duque (el) de Viseo.—T. VI.

- * Ello dirá.—T. XII.
- * Embustes (los) de Celauro.—T. IV.
- * Embustes (los) de Fabio.—T. XXV.
- Embajador (el) fingido.
- * Enemiga (la) favorable.—T. V.
- Enemigo (el) engañado.
- * Enemigos (los) en casa.—T. XII.
- Engañar á quien engaña.
- Engaño (el) en la verdad.
- Enmendar un daño á otro.
- * Envidia (la) de la nobleza.—T. XXIII.
- Envidia (la) de la Privanza.
- * En los indicios la culpa.—T. XXII.
- En la mayor lealtad, mayor agravio y fortuna.
- Ero y Leandro.
- * Esclava (la) de su galan.—T. XXV.
- * Esclavo (el) del demonio.—T. III.
- Esclavo (el) fingido.
- Esclavo (el) por su gusto.
- * Esclavos (los) libres.—T. XIII.
- * Esclavo (el) de Roma.—T. VIII.
- * Escolástica (la) celosa.—T. I.
- Espíritu (el) fingido.
- Estrella (la) de Sevilla.
- * Exámen (el) de maridos.—T. XXIV.
- * Ejemplo (el) de casadas, y prueba de la paciencia.—T. V.
- * Espejo (el) del mundo.—T. III.
- Espada (la) pretendida.

- * Fábula (la) de Perseo.—T. XVI.
- Fajardos (los).
- Famosa (la) Montañesa.
- * Famosas (las) asturianas.—T. XVII.
- * Favor (el) agradecido.—T. XV.
- * Fé (la) rompida.—T. IV.
- * Felisarda (la).—T. XVI.
- * Ferias (las) de Madrid.—T. II.
- Fianza (la) satisfecha.
- Fingido (lo) verdadero.
- Firmeza (la) de Leonarda.
- * Firmeza (la) en la desdicha.—T. XII.
- * Flores (las) de D. Juan, y rico y pobre trocados.—T. XXII.
- Fortunas (las) de Beraldo.
- * Fortuna (la) merecida.—T. XI.
- Fortuna (la) adversa.
- Fray Martin de Valencia.
- * Francesilla (la).—T. XIII.
- Fregosos y Adornos.
- * Fuente Ovejuna.—T. XII.
- * Fuerza (la) lastimosa.—T. II.
- Fundacion (la) de la Alhambra de Granada.
- Fundacion (la) de la Sta. Hermandad de Toledo.



(Toledo.—Ermita de S. Eugenio, estramuros de la ciudad.)

LÁ SIGEA, NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO XII.

La caridad de los inquisidores.

En efecto, la herida que el poeta portugués había abierto en el pecho del caballero español era de tal profundidad, que bien necesitaba un mes para restablecerse, si antes no sufría al exceso de sus dolores. El día que siguió á la partida de Luis de Camoens para Africa, se agravó tanto que los inquisidores estaban afligidos temiendo que se les muriese sin poder quemarlo.

Al anochecer de este día entró Juan Meurcio en el cuarto del enfermo acompañado de algunos individuos del Santo Tribunal, que venían dispuestos á leerle una copia del auto para que se fuera preparando y fortaleciendo; pero acababan de curar sus heridas y estaba sin sentido, la cabeza fuera del lecho y los brazos á cruz.

Sentáronse tranquilamente, y esperaron á que se recobrase del desmayo.

Yo aproveché este intervalo para traducir del portugués al español el auto que Juan Meurcio se dispone á leer al reo.

Y una vez traducido, y vuelto en sí D. Mariano, pueda repetir lo que dijo el familiar.

Su voz, siempre suave, llegó á hacerse tierna y meliflua para despertar el consuelo en el alma del paciente.

—Pobre hijo mío! exclamó— ¡cuán acerbos deben de ser los sufrimientos que os aquejan, cuando así os roban la facultad de conocerme! Porque no me conocéis... no me tendéis la mano...

Juan Meurcio se inclinó más sobre el lecho y estrechó la mano del doliente, que estaba fría y abrasadora.

—¿Cómo os halláis? prosiguió el familiar.— ¿Estáis acobardado? ¿Pensáis morir, hijo mío? ¡eh! por la Virgen Santísima que recobréis el ánimo perdido.

Don Mariano Enriquez entrecerró con pesadez los ojos; movió débilmente la cabeza, y sin desprender los labios articuló alguna palabra que no llegó á oírse.

Pena cansaba ver el estado de aquel jóven caballero tan agraciado y gentil luchando con la muerte y próximo á ser vencido.

—Pobre hijo mío! repitió el familiar. ¿Será posible que abandonéis la tierra sin ser purificado por la penitencia? ¿Será posible que cuando el santo fuego puede daros el glorioso martirio que necesita el alma para purgar sus culpas y elevar su alma al Criador, os falte el espíritu y muráis como un impenitente? Venid á leeros el auto, pero me temo que no podáis oírme.

Hizo el herido señal de que sí podía oír, y Juan Meurcio desdobló un papel y leyó:

«Acuerdan los inquisidores ordinario y diputados de la Santa Inquisición, que vistos los actos, culpas, declaraciones y respuestas del caballero D. Mariano Enriquez; porque se muestra que siendo cristiano bautizado está obligado á creer la fé católica predicada por los Santos Apóstoles y por nuestro Señor Jesucristo, y enseñada por la santa madre Iglesia católica romana, y que no obstante ha adorado á una estatuá de Venus; en el santo nombre de Jesús invocada declaró al acusado D. Mariano Enriquez convicto del crimen de Heregía, y le condenan á ser conducido con la cuerda al cuello á la plaza del Rocio, donde su cuerpo sea quemado y reducido á cenizas, y gastos pagados.»

Aquí seguían los nombres de los inquisidores, que por ser apellidos que hoy llevan portugueses niestres no queremos hacer odiosos á nuestros lectores, pero entre los cuales no podemos ocultar que íbamos con dolor el de Gama, ¡Gama, el nombre del gran marino! ¡Por qué los héroes y los verdugos han de llevar á veces el mismo nombre!

Don Mariano Enriquez oyó con indiferencia el auto, y aun dejó traslucir una imperceptible sonrisa.

—El demonio, dijo por lo bajo uno de aquellos señores, no le ha abandonado todavía.

—Me parece, repuso otro, que no podrá asistir al auto.

—Era una desgracia, añadió Juan Meurcio.

—Que lo asista, concluyó el que parecía de más autoridad, el mejor doctor. Que se le prodiguen toda clase de cuidados para conservar su vida.

—¡Oh! exclamó Juan Meurcio; yo he velado por él desde que cayó herido, y le he procurado una asistencia como de la madre más solícita. El doctor Caldeira Silva Feireira Brito de Noller y Barata ha desplegado para socorrerle todos los prodigios de su profunda ciencia. Noches hay que las pasamos el doctor y yo espionando su sueño, porque el doctor es un buen católico, y por nada del mundo quisiera quitarle un muerto al Santo Tribunal.

—Pocos doctores hay como él, repuso el personaje más grave de aquellos hombres piadosos; pues se cuidan tan poco de la gloria del Santo Tribunal, que así como consume un reo luego le matan á medecinas y nada dejan que hacer al fuego.

Al resonar estas palabras en la estancia, salió de un rincón de ella una especie de figura humana con cabeza, con brazos y con piés, y se inclinó ante los señores.

Era el generoso doctor, que lejos de disputarles el monbuendo trataba de sostener su vida para que pudiera sufrir el tormento de las llamas. Era el médico, que por esta vez rompía su pacto con el sepulcero, y entregaba al enfermo á sus ritales los inquisidores.

Dijo en latín aquel fantasma algunas palabras á los señores, que le respondieron también en latín otras no menos sabias sin duda, y luego se acercó al enfermo, le pulsó, y aproximando una vela al lecho, y quitando el vendaje á las heridas, hizo examinar á los señores el perfecto estado en que se hallaban.

— ¡Oh! dijo Juan Meurcio, vá muy bien.

— No tan bien, respondió otro; siempre se habrá de tardar en verlo restablecido quince días.

— Menos, señor, menos, replicó Caldeira, en diez le doy por salvo.

— Pero estará fuerte.... podrá ir por su pié hasta la plaza, con el dogal al cuello.

— Si señor, si señor.

— Un desmayo.... un gemido desluciría la ceremonia....

— Ha de quedar fuerte.

— Me parece, doctor, que será conveniente por lo tanto darle mas alimento.... sustancias que lo nutran....

— No cesa de tomar.....

— Y mucho silencio, para que repose. ¿Qué tal duerme?

— Poco.

— Eso es malo. El sueño le repondría mucho. Algunos calmantes....

— Le he suministrado los suficientes para llenar la indicacion.

— Bien, bien, Caldeira, no olvideis el interés y el celo del Santo Tribunal para procurar su alivio.... Esmérais mucho, añadió el mismo personaje en voz baja, y el Tribunal no será ingrato.

Inclinóse el doctor y salieron todos.

Al anochechar de aquel mismo día se presentó á la puerta del cuarto del enfermo una tapada que pedía permiso para verle. Concediéronselo y entró silenciosa y se sentó á la cabecera sin retirar de su rostro el manto. El herido la oyó sollozar y preguntó débilmente.

— ¿Quién llora?

La dama no respondió, antes hizo lo posible por reprimir su llanto.

— Señora, dijo Caldeira, si no sois ni madre, ni esposa, ni hermana del paciente, saldremos para que os descubrais á él solo.

— Gracias, replicó la dama con dignidad, nada tengo que decirle: quería únicamente saber que existia y ya lo sé.

Dicho esto volvió á salir del aposento y se dirigió al interior del palacio.

Pero antes de llegar á su departamento oyó pronunciar su nombre y volvió la cabeza.

Era Juan Meurcio que la habia seguido paso á paso. Vaciló la dama

entre detenerse y seguir; pero el familiar la detuvo por el manto repitiendo:

— Sigea.

— Amigo mio, contestó la dama.

— Venis de visitar heridos, añadió Juan Meurcio.

— Sí señor, y deseaba veros para preguntaros cuándo se verificará el auto.

— ¿Pues si deseábais verme, por qué huiais de mí?

— ¿Yo huia?

— Sí!... Pero yo perdono esta esquivéz, prosiguió el fraile sonriéndose.

— No era esquivéz, Meurcio.

— O desden.

— Tampoco. Ya sabeis cuánto os estimo.

— Seriais ingrata si no me estimárais.

— Porque os estimo quiero confiaros el interés que me inspira el reo que vengo de visitar....

— Ya.... ya presumia....

— Y quisiera saber cuándo es el auto.

— ¡Oh! no tengais cuidado. Pasarán aun dos ó tres meses.

— ¿De veras?

— O mas.

— ¡Gracias!

— Y tal vez no se verifique. Pero ese interés ¿es solo vuestro ó es de?..

— ¿S. A.?... de ningún modo.

— Yo no he dicho S. A.

— Pero ibais á decirlo.

— Aprension vuestra.

— Aun no la he visto hoy.

— ¿Ni vais á verla?

— Sí, ahora voy á darla leccion.

— Os serviré hasta la puerta.

— Sois muy caballero, Meurcio.

— ¡Quién, aunque sea fraile, no ha de parecer caballero para servir á tan gentil dama!

Sacudió el fraile la cabeza tirando atrás la capucha, y siguió á la Sigea hasta la antecámara de la infanta. Despidióle la Sigea, y se disponia á entrar como tenía de costumbre sin anunciarse; pero una de las damas que estaban de servicio, la dijo secamente;



—S. A. ha prohibido la entrada en su cámara á Luisa Sigea.
Alónta la maestra de latín, se volvió hácia el familiar que aguarda esta escena con los brazos cruzados y le manifestó su sorpresa con un gesto.

—Azarés de las cortes, dijo Juan Meurcio como respondiendo á él.
—Está bien, replicó la Sigea volviéndose á la dama de servicio.
Dició á S. A. que acato su orden y que no volveré á presentarme en su cámara hasta que se digno llamarme.

Inclinóse y marchó confusa á su aposento.
—Permitidme, la dijo Juan Meurcio con la misma galantería de antes, que os sirva en la desgracia como lo he hecho en el favor.

—Gracias, repitió la Sigea distraída.
—Os acompañaré hasta vuestro departamento.

Llegaban cuando atravesó junto á ellos un caballero que iba tan aprisa que ni se tomó tiempo de mirarlos.

—Id con Dios, Camoens, le dijo Juan Meurcio.

—Adios, amigo, no puedo detenerme. Voy á partir mañana al amanecer y antes tengo que reñir con dos, uno á quien yo provoqué, y otro que me ha provocado.

Riñó el fraile y se retiró dejando á la Sigea en su aposento.

Al día siguiente salía Luis de Camoens en una nave que se daba á la vela para Africa.

CAROLINA CORONADO.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido.

PROVERBIO EN ACCION.

(Conclusión.)

ESCENA VI.

GONZALO.—JACINTA.

Gonzalo. (Que ha estado observando á Jacinta á la entrada.)
¡Llora! ¡pobrecilla! ver llorar á una mujer, es cosa que todo me conmueve. Cosa que no puedo prescindir, sin buscar medio de consolarla; esto es caballeresco y humano á la vez. (Se acerca á Jacinta.) Señora, perdonadme mi atrevimiento; pero os veo llorar, y sierva de disculpa á mi demasía el buen deseo que la origina. Sois fofofistera, señora, y no sería extraño que os halláseis en algun conflicto en el que os podría ser útil una persona que con todo respeto se pone á vuestra disposición.

Jacinta (levantándose de repente).—Si señor, sí señor; me podeis ser muy útil.

Gonzalo (alónto).—De ello me felicito, (aparte) está se llama llegar y pegar. ¿Quién lo hubiese pensado, con su aire modesto y doliencito? ¡y que haya quien se precie de juzgar á una mujer por las apariencias! ¡las mujeres! ¡no las conoce ni la madre que las paró! (alto) Me tenéis á vuestras órdenes. ¿Sois casada?

Jacinta.—Sí.... no.

Gonzalo.—¿Sois soltera?

Jacinta.—No... sí...

Gonzalo.—¿Sois viuda?

Jacinta.—Sí, sí; eso es. Soy viuda. No tengo marido, no. Un traidor, infame....

Gonzalo.—¡Ya! ya; comprendo.

Jacinta.—Que Dios castigará.

Gonzalo.—¡Por supuesto!

Jacinta.—Que tiene muy malas entrañas.

Gonzalo.—Y peor gusto, si os prefiere otra.

Jacinta.—¡Infeliz de mí!

Gonzalo.—Señora, para está clase de penas no hay cómo la distracción.

Jacinta.—Eso mismo pienso yo, y así mucho os agradecería que me lleváseis esta noche al baile.

Gonzalo (admirado).—¡Al baile! ¡esta noche! ¡conmigo!

Jacinta.—Con vos, con vos.

Gonzalo.—¿Y creéis que os pueda consolar?

Jacinta.—Nadie como vos. ¡Solo vos!

Gonzalo (aparte).—¡Estoy estético! ¡eso se llama venirse á las manos, á quien no los busca, lance de amor y fortuna! (alto) Señora, corro en busca de un dominó y os agradezco la honra que me hacéis. (aparte) ¿Y si lo sabe Narcisa? No puede saberlo. Estamos en Carnaval, tiempo de bromas, y tengo curiosidad en lo que viene á parar está. ¡Se va. Jacinta entra llorando en su cuarto.)

ESCENA VII.

Los fósos de la muralla.

NARCISA.—RODRIGO.

Rodrigo.—Aquí es donde mejor se oye el eco.

Narcisa.—Oigamos pues vuestra composición.

Rodrigo (lee).—El corneta.

¡ Cazadores! el morral
y la canana coged
y á su puesto cada cual:
¡ tet, teretel, teret, tet!!!

(Rodrigo imita exactamente con la voz el sonido de la corneta en el toque que indica, calla luego y una corneta real repite á lo lejos el toque, imitando el eco, hasta concluida la composición.)

Narcisa.—¡Verdaderamente es una cosa encantadora! ¿Con que vos habeis compuesto esos versos?

Rodrigo (con fuchenda).—Sí señora, así en un rato de ocio.... cosas de militares....

Narcisa (aparte).—¡Pues está bueno! Esa lindísima composición es de Ribel y Fontseré y se la aprópia. ¡Me gusta! ¡Ah! ¡Todas las falsedades las pagaréis juntas! ¿qué habrá hecho embretando la pagueta de Jacinta, á quien dejé el campo libre? (alto) Os doy infinitas gracias por el buen rato que me habeis proporcionado; pero se ha hecho tarde, volvamos á casa, que está lejos.

Rodrigo.—¡Qué! ¿ya?

Narcisa.—Sí: mi hermana me está aguardando. Estará con cuidado; regresemos; que nos va á coger aquí la noche.

Rodrigo.—A vos os toca mandar, á mí obedecer.

Narcisa.—¿Os gusta obedecer?

Rodrigo.—Segun: obedecer amando, sabeis que en esto cifraban nuestros antiguos poetas la mas dulce felicidad.

Narcisa.—Algunos conozco yo, que la cifran en lo contrario.

Rodrigo.—¡Oh! esos son monstruos.

Narcisa.—Lo mismo pienso yo.

Rodrigo.—Tales hombres merecen eso, y solo son dignos de recibir preceptos de las harpías y de las Parcas.

Narcisa.—Bien dicho (al irse aparte). ¡Oh! ¡hombres! ¡materia la mas dispuesta á la infidelidad! hombres inflamables como fósforos, mudables como volutas, mas fáciles de seducir que el agua, ¿sois vosotros los que tenéis valor para motejar á la pobre Eva?

ESCENA VIII.

La casa de huéspedes.

(Entra Gonzalo con los dominós y los billetes de entrada para el baile. Llama á la puerta de Jacinta, que sale luego.)

Gonzalo.—Aquí está el dominó y la careta.

Jacinta.—Gracias. (Se las pone.)

Gonzalo.—¿Quereis que aguardemos á un inseparable amigo mio? es aun temprano.

Jacinta.—De ninguna manera, no, deseo que nadie me vea.

Gonzalo.—Como gustéis. Le avisaré mi ida con una esquela para que no me aguarde (escribe). Ahora, pues, dejad vuestros tristes recuerdos, y venid á gozar y divertirnos como compete á la que es jóven y bella.

Jacinta.—Sí, sí: eso pienso hacer (aparte) ¡vengándome! ¡Oh! hombres sin moral, sin delicadeza, sin principios, ¡falsa amiga! sacando á un hombre casado de sus casillas, ¡quién vió tal perversion de costumbres?

(Gonzalo entretanto ha cerrado la esquela en que metió las entradas que deja sobre la mesa y se ha puesto el dominó.)

Gonzalo.—Vamos, pues lo deseáis. Es aun temprano; pero aunque esté todavía la sala desierta, con estar vos, hay para mí todo cuanto en ella ver deseo.

ESCENA IX.

RODRIGO.—NARCISA.

Rodrigo.—No; nunca olvidaré este delicioso paseo, y muchas veces repetirá ese eco que os ha encantado vuestro nombre. ¿Os volveré á ver pronto?

Narcisa.—Sí, sí, (aparte) ¡y tanto como me has de ver, hombre débil! (alto) mas ahora me precisa el ir en busca de mi hermana.

Rodrigo.—¡Haced la ausencia corta!

Narcisa (con retintia).—¡El cuidado será mio!

(Le saluda con la mano y entra en el cuarto de Jacinta. Rodrigo se acerca á la mesa, ve los dominós, las caretas y la esquela.)

Rodrigo.—Mas, ¿qué es esto? (abre la esquela y lee). querido: una de las vecinas, bella como la aurora, irresistiblemente seductora y

sin infaldas de Vestal, me ha comprometido á llevarla al baile; ahí te dejo billetes y dominós para que puedas venirte á reunir á nosotros tú y García. Estoy entusiasmadísimo; este es un lance de amor y fortuna que ni Calderon hubiese imaginado.

(Sale Narciso muy apurada.)

Narciso.—¡Mi hermana no está en su cuarto! ¡Dios mío! ¡dónde podrá estar ella, tan tímida! ¡ya entrada la noche! ¡quizás habrá salido á buscarme! quizás esté perdida por esas calles....

Rodrigo.—No os apureis por vuestra hermana: yo sé donde está.

Narciso.—¿Vos?

Rodrigo.—Sí.

Narciso.—¿Y cómo?

Rodrigo (dándole la carta).—Lee.

Narciso (lee para sí).—Irresistiblemente seductora, ¿qué tal? (lee) sin infaldas de Vestal, ¿qué le parece á V. ? ¡la timorata, la enojada, la moñigata! ¡bueno está!! (lee) estoy entusiasmadísimo. ¡Ah! ¡infame, traidor, alave! (lee) lance de amor y fortuna, ¡qué alevosía! ¡Ah! ¡fementido! ¡ah! ¡hipócrita! pérdida, agua mansa....

Rodrigo (aparte).—¿Qué vehemente y extraño despecho! (Alto) ¿queréis que nos vayamos á reunir á ellos?

Narciso.—Sobre la marcha; ahora mismo. (Se pone precipitadamente el dominó y la careta.) Vamos.

Rodrigo (aparte).—¡Qué amor fraternal tan vehemente! ¡qué ley del embudo tan bien observada! (salen.)

ESCENA X.

El tender de las Señoras en el baile.

NARCISO.—JACINTA, sin caretas.

Narciso.—Lo que has hecho con Gonzalo transpasa todos los límites del decoro.

Jacinta.—Has estado con Rodrigo escandalosamente provocativa.

Narciso.—¿Quién se viene sola á un baile con un oficial de artillería, jóven y buen mozo?

Jacinta.—¿Quién se va sola á los fosos de la muralla con un oficial de artillería buen mozo y jóven?

Narciso.—Tu marido es un empalagoso.

Jacinta.—Y el tuyo un fastidioso.

Narciso.—Pues, hija, cambiemos, ya que eres tan delicada de gusto.

Jacinta.—¿Qué mas quiero yo? á mí, hija, no me fastidia un hombre tan discreto, ¿Qué hemos, pues, logrado con tu descabellado proyecto? ¿Convencerme de que son unos infelices nuestros maridos? ¡Valía la pena de hacer un viaje para eso! (llora).

Narciso.—No, lo que hemos logrado, es mostrar por la práctica la verdad del refrán de nuestras madres, y hacer que nadie en lo sucesivo se atreva á desunir ni por un día, lo que Dios unió para siempre. Pero nos falta aun la lección que hemos de dar á esos dos maridos indignos de serlo, Rodrigo nos ha convidado á cenar, he admitido con tal que sea en la casa de huesped. Vamos ahora á cambiar los dominós, dame el tuyo rosa, toma el mío celeste. (Cambian los dominós.) Cada una se va ahora con su marido. Cuidado, que mantengas al tuyo en su error, y que me imites en todo. Cuidado, al darnos á conocer, que estés hecha una furia.

Jacinta.—El cuidado será mío!

Narciso.—Ni cuarte, ni tregua, ni menos conciliación.

Jacinta.—¡Buena hora es! me quiero divorciar en seguida. (Se van.)

ESCENA XI.

Casa de huéspedes, se ve una mesa puesta.

(Entran Narciso y Jacinta con caretas. Rodrigo y Gonzalo sin ellas.)

Rodrigo.—¿Cuánto tenemos que agradeceros el que aceptéis este ligero obsequio!

Jacinta.—Tanto mas, cuanto que en mi vida he admitido otros que los de mi marido. ¡Ay! (suspira).

Rodrigo.—Señora, estamos reunidos para estar alegres. No suspiréis; que vuestros suspiros me adigen; y perdonad, pero no me parece que tienen actualidad.

Jacinta.—¡Mas de lo que pensáis!

Gonzalo.—Bailáis como una sifide.

Narciso.—¿Nunca habeis ballado con ninguna que baile tan bien como yo?

Gonzalo.—¡En la vida! Dejad que os bese esa mano que envidian los jazmines.

Narciso.—En hora buena, ningún mal veo en eso.

(La besa la mano.)

Narciso (aparte).—¡Puede darse un hombre mas disoluta!

Rodrigo.—¿No seréis tan condescendiente como vuestra hermana? Jacinta.—No señor. (¿Habráse visto nunca un hombre mas immoral?)

Gonzalo.—Vamos pues á sentarnos á la mesa; pero antes es preciso que os quiteis las caretas: aqui todos somos unos.

Narciso.—Eso sí es cierto; pero no quisiéramos quitarnos las caretas.

Gonzalo.—¿Y por qué esa crueldad?

Narciso.—A causa de que se me figurá que mi cara os va á parecer la de Medusa.

Gonzalo.—¿Qué idea!

Rodrigo.—Desaparezca esa estúpida careta, señora: ves yo la encantadora expresion de vuestro rostro.

Jacinta.—Estoy en que no os ha de agrádar mucho la expresion de mi rostro.

Gonzalo.—¡No seas inexorable!

Rodrigo.—¡No seas inflexible!

(Narciso y Jacinta con un brusco movimiento se quitan las caretas arrojando sus maridos.)

Narciso.—¡Desleal, traidor, infiel!

Jacinta.—¡Pérfido, cruel, mal marido!

Narciso.—¿Así te acuerdas de mí?

Jacinta.—¿Así cumples las promesas?

Narciso.—¡Tanta traición!

Jacinta.—¡Tan amargo desengaño!

Gonzalo.—¿Qué sorpresa!

Narciso.—Estupenda, lo creo.

Rodrigo.—¿Qué cosa tan inesperada!

Jacinta.—¡Lo creo! ¡Lo menos que esperaban VV. en tales casos, era el hallarse con sus propias y legítimas mugeres!

Gonzalo.—¿Y podrá saberse cómo os venís aquí solas, y sin prevenimos?

Narciso.—Con el fin de daros una sorpresa tal que hubiérais encantado al mismo Napoleon en Santa Elena.

Rodrigo.—¿Cómo te has atrevido, tú tan mirada, á venirte sola sin asentimiento de nadie?

Jacinta.—Narciso me dijo que era esto una prueba de amor conyugal, que haria que despues de recibida nos levantarais altares.

Rodrigo.—¿Y es prueba de amor conyugal el pedir á un caballero sin conocerlo y sin darle á conocer que te llevase á un baile de máscaras?

Jacinta.—Era una doble venganza.

Rodrigo.—¡Pláceme la disculpa! ¡Señora!

Gonzalo.—¿Con que una sorpresa, eh? ¿Y entraba también en el programa de esta sorpresa el irse con un caballero desconocido á los fosos de puerta de Tierra, señorita?

Narciso.—Es que queríamos probaros....

Gonzalo.—Se prueban los cañones, señora, pero lo que es inaudito, es que dos bellas jóvenes se pongan en camino solas, y sin autorización ninguna.

Narciso.—Sí señor, sí señor, que teníamos autorización, ¡y tanta!

Gonzalo.—¿Y cuál era esta?

Rodrigo.—¿Sí, sí, cuál era?

Narciso.—La que nos prestaba una máxima que nos han inculcado nuestras madres.

Jacinta.—Sí, sí, un refrán que no se les caía de la boca.

Gonzalo.—¿Y cuál es ese proverbio de Salomon?

Narciso.—Es: matrimonio bien avenido la mujer junto al marido.

Pero como no lo estamos, como son VV. unos ingratos, voy á llamar á Pedro y nos volvemos por donde hemos venido, dejando aqui nuestra alegría, y llevándonos un desengaño monstruoso. Adios, pues, mal marido, voy á pedir separacion, y me vuelvo desde hoy una amazona y la mas irconciliable enemiga del sexo no bello.

Jacinta (llorando).—¡Adios, adios para siempre, desaparecido el infiel marido; no te pesará mas mi presencia, puesto que ya en tu quierres sino en cartas. Voy á pedir el divorcio, y me retiro á llevar á un convento. ¡Yo lo diré á las monjas lo que son los hombres, y aseguro que despues de airme, á ninguno le pesará un hombre casado!

Narciso (cogiéndola de la mano).—Ven, ven, Jacinta, y no llores, pues no hay un solo marido que sea digno de nuestras lágrimas.

(Se encaminan hacia la puerta.)

Gonzalo (cogiendo á Narciso por la mano).—¡Este! ¡este! ¡este!

Te detengo.

Rodrigo (haciendo otra tanta con Jacinta).—¡Déjame! ¡Déjame!

sentaré yo, á él!

Narciso.—¡Me detienes! ¿con qué derecho!...

Gonzalo (pasando su brazo por la cintura de su mujer).—¡Este derecho mío, ese dulce derecho que me confiere por todos los rincones del mundo,

Jacinta.—¿Que no consentirás? ¿por qué causa? ¿por qué motivo?

Rodrigo.—Por el motivo que lleva á todo dueño á retener su tesoro.

Narcisca.—¿Con que por despotismo?

Jacinta.—¿Con que por arbitrariedad?

Gonzalo.—No, no, es porque adoptamos desde luego la dulce regla que encierra el proverbio de vuestras madres.

Rodrigo.—El proverbio que os autorizó á venir, bien puede autorizaros á reteneros, puesto que nos habeis convencido de que en matrimonio bien avenido....

Gonzalo.—La mujer junto al marido.

FIN.

FERNAN CABALLERO.

RELIQUIAS DE LOS GRANDES HOMBRES.

Segun los antiguos la lámpara de Epicteto habia sido vendida por 5000 dracmas (sobre 10,800 rs.) y que el baston de Pelegrin Proteo, filósofo célico, lo habia sido por un talento (19,200 rs.)

Entre los modernos el sillón de marfil que Gustavo Wrsa recibió de la ciudad de Lubeck fué adjudicado en 1825 por 38000 florines (480,000 rs.) al chambelán sueco Schinkel.

El devocionario que Carlos I de Inglaterra leía sobre el patibulo se remató en Londres en 1823 por 100 guineas (6,000 rs.)

El uniforme que Carlos XII llevaba en la batalla de Pultawa se vendió en Edimburgo por 22,000 libras esterlinas (2,200,000 rs.) y un pedazo del traje que vestía Luis XVI al acto de marchar al suplicio habria sido vendido sin duda á un precio muy crecido si motivos par-

tienciales no hubiesen hecho que se retirase este artículo que en catálogo de venta de Mr. Meon tenia el número 721.

El abate Tersan pagó en alto precio los zapatos de raso blanco de Luis XIV.

Un diente de Newton fué comprado en 1816 por lord Schwatzenburg por la suma de 750 libras esterlinas (75,000 rs.) y le hizo montar en una sortija á guisa de piedra preciosa. A propósito de dientes Monsieur Alejandro Lenoir cuenta, que cuando se trasladaron los restos de Abelardo y Heloisa á los pequeños Agustinos, un inglés ofreció 100,000 fs. por uno de los de Heloisa.

Quando se vendió la biblioteca del doctor Sparman en 1820 en Stockolmo, lo fué tambien el cráneo de Descartes por la cantidad de 400 rs.; á proporcion es barato para la cáscara de un cerebro tan grande.

El baston de Voltaire fué comprado por 2,000 rs.

La chupa de J. J. Rousseau fué pagada por 550 fs., y su reloj lo fué por 800 fs.

Una vieja peluca de Kant fué vendida en 1804 por 94 fs. segun unos, y por 200 fs. segun otros.

Otra peluca de Sterne fué adjudicada en Londres en pública subasta por 200 guineas (2,000 rs.) en Londres.

Sir Burnet, yerno de Walter Scot, compró las dos plumas que sirvieron para firmar el célebre tratado de Amiens en 1801, por la suma de 48,000 rs.

En fin, el sombrero que llevaba Napoleon en Eylau fué adjudicado por 1,920 á Mr. de Lacroix, médico.

SOLUCION DEL GEOGRIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 26.

El conocimiento del mapa es necesario á todo hombre que viaja por Europa.



(O quejas que han invadido las calles de la capital.)